

Testimonio desde una comunidad eclesial de base

JOSÉ M.^a GARCÍA MAURINO

José M.^a GARCÍA MAURINO es un cristiano empeñado en serlo dentro de una comunidad de creyentes. Es una fe la suya comprometida con la liberación de los marginados de la sociedad, pero comprometida comunitariamente. Indudablemente es más fácil comprometerse con una comunidad pensante u orante que con una comunidad liberadora de los marginados de nuestra sociedad.

I. ¿Qué caminos he recorrido para llegar a ser un evangelizador en tierra marginada?

1. Lo primero de todo ha sido empezar a tomarme en serio eso del Evangelio, ya que intentaba ser cristiano de verdad; es decir, buscaba una lectura del Evangelio completamente distinta a lo que ordinariamente se nos daba; un Evangelio que estuviera más encarnado en la vida real de los creyentes; intentaba una relectura del Mensaje de Jesús que me revelara el verdadero rostro del Dios vivo; intentaba replantearme todo eso de la Fe, como algo vital, que impregnara toda mi vida, toda mi existencia humana, no sólo una parte de ella, como podían ser esas que llamaban prácticas religiosas, que no comprometían a nada.

En segundo lugar, todo este primer planteamiento tuvo su especie de 'espaldarazo' con los documentos del Concilio Vaticano II; fueron días magníficos, de una auténtica resurrección, una verdadera efusión del Espíritu, que también me llegó a mí; una verdadera conversión. Entonces, fui avanzando en

la línea de profundizar en la Fe: una adhesión libre a la persona de Jesús de Nazaret y a su Mensaje, en forma comunitaria.

2. Lo que quisiera matizar es eso de «evangelizar»; de forma clara y sin más disquisiciones teológicas, creo que se trata de comunicar la Buena Noticia de la liberación a los pobres; y como nadie da lo que no tiene, resulta que primero, para comunicar algo, tenía que «elegir» el ser pobre, el tener como valor el compartir, no el acumular dinero o riqueza. Se trataba de un cambio de mentalidad, un cambio de valores. Esta elección tuvo una realización concreta: me fui a trabajar y a vivir, como un trabajador cualquiera, en una empresa como peón, y a un barrio obrero; la incorporación al mundo del trabajo fue definitivo para hacer otra lectura del Evangelio.

Otra cosa es que esa llamada «evangelización» no creo que pueda realizarse en solitario; porque estimo que la fe es radicalmente comunitaria, la fe se vive en comunidad; entonces empecé a tomar parte de una comunidad cristiana del barrio; tuve la suerte de encontrar desde aquel tiempo una serie de comunidades que me recibieron, en las que participé, y con las que seguí buscando la vida cristiana. Por eso comprendo que es toda la comunidad la que trata de evangelizar, nunca se hace en solitario, es decir, entiendo que esa comunicación de la buena noticia no es el anuncio sólo de una persona en particular, de un creyente, sino que la misión evangelizadora es de toda la comunidad; y, por otro lado, esa comunicación no es solamente de palabra, sino que implica un compromiso con el mundo de los pobres. Sinceramente, no me considero que haya llegado a ser un 'evangelizador', solamente un modesto intento de acercarme a algo que se pueda llamar seriamente compromiso con el mundo de los pobres.

3. Eso de «tierra marginada» también requiere un comentario breve; la verdad no sé por qué a las comunidades de base se las pueda considerar como tierra fronteriza. ¿Quién o quiénes establecen esa línea demarcatoria entre tierra válida y tierra que está casi al margen, en la frontera, casi a las afueras? No creo que estas comunidades que intentan vivir en serio el Evangelio de Jesús de Nazaret, se puedan situar en los márgenes, casi a la orilla de la tierra eclesial. Somos tan cristianos como cualquier otro; tenemos carta de ciudadanía dentro de la Iglesia, como cualquier otro grupo cristiano; hay multiplicidad de formas de vivir la Fe. El Concilio estableció un sano pluralismo dentro de la Iglesia. Creo que nadie debe sentirse marginado dentro de la Iglesia; a no ser que haya alguien, o algunos, que tengan interés en orillar a estos colectivos.

Pero tengo que reconocer que es un hecho eclesial que estos grupos de cristianos, por la opción que han hecho por los pobres, han sido y siguen siendo marginados, muchas veces descalificados o discriminados; y los teólogos que nos ayudan en nuestra fe han sido excluidos de sus cargos, cuando no malditos por la Jerarquía eclesiástica. Este inmovilismo de la Iglesia católica sigue marginando a esta parte del Pueblo de Dios, que por ser más pueblo y por querer vivir una fe, más que tener una doctrina, merecen todas las desaprobaciones.

II. ¿Cuáles son mis motivaciones y objetivos de evangelización?

Lo que me mueve es la satisfacción de la experiencia de la fe liberadora, la fe que no aliena: es la necesidad de comunicar a los demás la alegría de este encuentro personal y comunitario con el Mesías liberador y darlo a conocer en la medida que puedo y podemos; cuando se ha encontrado la «perla preciosa» hay también una necesidad de compartirla con los demás.

No tengo ningún objetivo: no deseo imponer nada a nadie, simplemente tratar de exponer estas cosas al que quiera interesarse, al que quiera interrogarse algo en su vida y ofrecer algo liberador, y que cada cual acepte libremente por sí mismo el Mensaje de Jesús.

Si es que hay algún objetivo, como horizonte utópico, me interesa destacar éste: el deseo de que la Liberación de Jesús llegue de verdad a todos los hombres y a todos los pueblos: una liberación de verdad, no espiritualista, no en las nubes, sino en la realidad de cada situación, de cada persona, de cada pueblo; es decir, que no haya injusticias, que todos los hombres tengan lo necesario para vivir como personas, que tengan alimento, vivienda, vestido, educación, sanidad, etc.

Me parece que eso es un misterio: eso del don gratuito de la Fe, y la libre cooperación humana. Lo mismo a escala individual que a escala de estructuras sociales, políticas y económicas. Esto es muy difícil, puesto que el ser pobre implica el querer compartir la suerte, la vida, las penalidades, los gozos y las esperanzas del mundo oprimido. La libre adhesión personal a la persona de Jesús y su mensaje lleva consigo que sea capaz de ir transformando la realidad actual en una realidad más justa, más humana.

III. ¿Qué hago en concreto como evangelizador de zona fronteriza?

Nada. No soy consciente de que estoy evangelizando, como si estuviera «catequizando», o «haciendo apostolado» como se decía antiguamente.

No sé si soy cristiano o no lo soy; no me importa nada el saberlo. Lo serio para mí es 'intentar seguir a Jesús por los caminos de su Evangelio'; el conseguirlo es algo que sólo lo sabe el Padre Celestial; yo, desde luego, no lo sé. Se trata del compromiso de mi Fe; la fe siempre compromete con la liberación de los marginados de la sociedad; es un intento por estar a su lado (de Jesús y de los pobres) de la mejor manera que puedo, un esfuerzo por hacer siempre compartida mi fe, mis bienes de todo tipo, materiales, intelectuales, espirituales, morales, de alegría, de compromiso, etc.

En la comunidad tratamos de llevar este Mensaje a la gente; creemos que se trata de todo un estilo de vida, de un modo de entender la fe, que puede inducir a otros a hacer algo parecido; se ha formado una Escuela de Teología en el barrio a la que acuden los que quieren profundizar en su fe; tratamos de evangelizar cuando hacemos realidad la denuncia profética: alertar de las injusticias, de los problemas del paro, de las nuevas pobrezas, del atropello a los teólogos, de los gastos de armamentos, etc., y al mismo tiempo anunciar una alternativa esperanzadora.

Hay algo difícil, y es permanecer siempre fiel en esta «base», en la plataforma más baja de la Iglesia, en las comunidades que defienden los intereses de la base; y esto a pesar de las críticas, de las incomprensiones, de las continuas descalificaciones de algunos de los llamados Obispos, que dicen ser pastores de esta Iglesia. Es preciso tener que asumir esta mezcla de críticas más o menos aceradas, al tildar de comunistas o marxistas a aquellos que han decidido ser fieles al Evangelio, y al mismo tiempo han hecho su opción por estar al lado de los más pobres, de defender sus derechos, de complicarse con sus justas reivindicaciones en nombre de Jesús de Nazaret. ¿Es que ser pobre de verdad es igual a ser comunista?

IV. ¿Por qué actúo así?

Porque poco a poco el buen Dios me ha ido liberando de la fe sociológica que tenía anteriormente y voy caminando por las sendas de la libertad; creo que la fuerza del Espíritu que percibo en la comunidad cristiana es un resorte enorme, diría el único válido, para intentar hacer algo evangelizador.

V. ¿Qué le diría a los otros cristianos?

— los que están implicados en la prepotencia de la economía:
Que la economía si no está al servicio del hombre, de todo hombre, está completamente desviada; se puede decir que sirve para explotar y oprimir

a los más débiles, a la mayoría de la Humanidad. Hay que tener claro que el hombre es el fin, y que la economía es un medio que habría que poner a su servicio. Y no al revés: las grandes magnitudes económicas al servicio de unos pocos hombres, y las migajas económicas para la gran mayoría de la Humanidad. Si la economía no tiene planteamientos liberadores, que hagan viable el mensaje liberador del Evangelio, esta estructura es una locura, una inmensa opresión, un instrumento de explotación del pobre. No se puede ser rico y cristiano; no se puede servir a Dios y al Capital. El problema no está en tener mucho o poco, sino que lo que se tenga se reparta de tal manera que a todos les toque algo, les toque lo suyo, lo que les pertenece, de forma justa y equitativa.

— los que están integrados en la política:

En primer lugar, en la política estamos todos metidos, lo queramos o no lo queramos; muchos no pertenecemos a esa que han llamado «clase política» (¡a mí no me gusta ese nombre!); pero, de una forma u otra, todos estamos implicados en la realidad de la sociedad, de la ciudad (la «polis» griega), y de una forma u otra todos hacemos política con nuestra ideología, nuestros valores, nuestros comportamientos, nuestras preferencias, y también con nuestro voto electoral y nuestras opciones personales.

Los que de verdad están metidos en política son los que tienen el poder. Y a éstos sí les diría que traten de usar el poder que tienen para ponerlo al servicio de todos los ciudadanos, no sólo de unos pocos: los que tienen el dinero. Les diría que abran cauces para que la gente pueda participar más directamente en las cosas, que pueda haber más control popular, y no solamente cada cuatro años, en las urnas. Les diría que quiten las distancias enormes que existen entre ética y política, entre honradez y gestión política, entre responsabilidad colectiva y provecho personal.

Lo que habría que preguntarse es si este «arte de lo posible» que llaman 'política' es un medio para alcanzar fines superiores para todos los hombres: que la inmensa mayoría pueda gozar de una calidad de vida que sea verdaderamente humana; no sólo unos pocos, los de siempre, sino todos y cada uno de los ciudadanos de este país y de todos los países del mundo. ¿Es posible el arte de repartir la tarta de tal manera que todos tengamos su partecita humanizadora?

— los que están en tareas educadoras:

Diría que la educación, como el arte de ayudar a crear personalidades, siempre debería ser liberadora; creo que no se trata de 'impartir asignaturas',

sino de ayudar a hacer hombres cultos y libres. La educación y la política no son mundos separados. La educación no es transmitir y reproducir la cultura dominante; el educador lleva siempre consigo una tarea creativa, un impulso vivificante, transformador de la historia. La tarea educativa debería estar impregnada de un horizonte utópico: una sociedad justa y humana.

— los que se encuentran integrados en la religión cristiana:

Me atrevería a decirles que poco a poco llegaran a cambiar la religión en vida: que vivan su fe en profundidad, para que tengan auténtico sentido todas las tareas propias del Mensaje cristiano.